

llidos y gritería; en un abrir y cerrar de ojos la hierba del prado ha desaparecido bajo las pisadas de los danzantes; el terreno se ha removido, las parejas se han cambiado confusas, ó rotas, ó agrupadas; cáense otras boca abajo y los que siguen bailando ó les pasan por encima, ó se caen á su vez en desordenado montón, ó son echados en medio de los circunstantes, y en medio de aquel endiablado revoltijo, el lombardo sigue bailando imperturbablemente con el típico contoneo de caderas, y con aquel su movimiento de cabeza, y espalda, y su modo especial de cruzar las piernas y de doblar repentinamente las rodillas como si fuera á caerse, y aquel súbito levantarse como impulsado por un resorte; y el piemontés sigue adelante grave é impasible, y toma la cosa por lo serio, y se anima y hace gala de su gracia y robustez; y los calabreses, en parejas, uno delante de otro, torcido el cuello, los brazos abiertos, haciendo muecas y grotescos visajes, orgullosos, ensoberbecidos, pagados de su valer, continúan su animada mímica rápidamente, rápidamente...

¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

En el campamento ha sucedido de repente un silencio profundo: todos los rostros se han convertido á un punto determinado: el que estaba echado se ha puesto en pie: el que se hallaba en los sitios extrémos del campamento se ha dirigido corriendo hacia el centro: los que se hallaban en el tenducho del cantinero se han encaramado sobre los bancos, y encima de las mesas, y hasta en los carros: todo el mundo ha salido de las tiendas. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

Mirad hacia el camino. Un jinete avanza á galope envuelto en una nube de polvo, hállase cerca de la entrada, penetra en el campamento, se dirige á la tienda del coronel, y se detiene. Éste sale de la tienda, el jinete saluda, entrega un pliego, vuelve grupas y se marcha á escape.

Todo el mundo permanece con los ojos clavados en aquel sitio, mudo, atónito: diríase que se ha suspendido la res-

piración: el campamento ofrece el aspecto de una plaza colmada de gente que está contemplando unos fuegos de artificio, en el momento en que una flama de bengala ilumina diez mil semblantes con los ojos y la boca abiertos de par en par.

El coronel dobla el pliego, lo guarda y volviéndose al corneta de órdenes, hace una seña.

Antes aún de que suene la trompeta, elévase de todas partes un grito prolongado, universal, agudísimo, como el rumor poderoso de un trueno; aquella desparramada muchedumbre se va agrupando en todas direcciones con vertiginosa rapidez; los bancos y las mesas del cantinero quedan desiertos en un abrir y cerrar de ojos; el cuitado se tira de los pelos; pronto, pronto, abajo el toldo, fuera las cajas; á dentro á prisa y corriendo los platos, los vasos, los chorizos, las botellas, los panes, los pollos, los cigarros, revuelto todo, de cualquier manera, no importa; el tiempo urge, va á sonar el segundo toque; los oficiales recorren el campamento llamando á voces á los asistentes, que acuden afanados y jadeantes.—¡Pronto, mano á los cofres, adentro la ropa, los borcegués sobre las camisas, los peines sobre el uniforme, no importa con tal de despachar pronto!—El cofre no puede cerrarse, de rodillas encima de la tapa,—¡Aprieta, aprieta más! ¡bravo, está cerrado! Pronto, á arrollar la manta, la levita, venga el sable, la cartera, todo está en orden, menos mal.—Y los soldados, en derredor de las tiendas, soltando con las uñas los nudos de las cuerdas, arrollando las lonas, llenando á prisa y corriendo las mochilas, abotonándose la chaqueta con aquellos malditos dedos que, agitados y convulsos, no logran dar con los ojales, hurgando en la paja en busca de la cadenilla, de la cogotera, de la bayoneta, encendido el rostro, bañada la frente en copioso sudor, respirando afanados, con la fiebre producida por el temor del segundo toque, con la voz del sargento que amenaza con arrestar al que se retarde, con la presencia del capitán que patea, y chilla, y grita:—¡Pronto! ¡pronto! ¡pronto!—

Otro toque.— ¡Á formar! — gritan á la vez cien voces apresuradamente. Todos acuden como se encuentran, con el kepis en el cogote, con el capote desabrochado, con el cinturón entre los dedos, con la mochila pendiente de un hombro. — ¡Á sus puestos, pronto, en orden, alinear por la derecha! — Las compañías se forman tumultuosamente; se rompen y se extienden cada vez que llegan nuevos soldados, para estrecharse en cuanto han ocupado sus puestos: serpentean de uno á otro extremo, se alinean, entran rápidamente en orden de formación... El tercer toque. El regimiento se pone en marcha. La primera compañía se halla ya fuera del campamento,— la segunda,— la tercera... el campamento queda deshecho.

Tal es la vida del campamento, dura acaso é incómoda; pero en cambio, grata siempre, é interesante. ¿Quién que la haya hecho no la ama, y no la recuerda con placer, y no la desea con entusiasmo?

## EL MUTILADO

**A**L caer el día, en las horas postreras de la tarde, el aspecto de la campiña engendra en el ánimo una melancolía indefinible que guarda no pocos puntos de semejanza con el sentimiento de que se hallan poseídos los muchachos que, habiendo abandonado sus moradas para solazarse y corretear por los campos, vagan de aquí para allá, y con el aturdimiento de los pocos años corren, y saltan, y triscan de valle en valle, de otero en otero, hasta tanto que, de repente y sin saber cómo, se dan cuenta de su situación. Y miran en derredor, y ven que el sitio en que se encuentran es oscuro, solitario, espantoso; y miran hacia atrás, y se convencen de que se han extraviado; y levantan los ojos al cielo, y observan que el sol se ha ocultado ya, y entonces se acuerdan de que la pobre de su madre estará esperándoles ansiosa y llena de aflicción. — ¡Qué he hecho, Dios mío! — exclaman. Y dominados por el temor no saben resolverse, y permanecen quietos, con el sobresalto en el pecho y con el llanto en los ojos.

De esta naturaleza es la melancolía que paulatinamente se apodera del espíritu en medio de la campiña, cuando el sol ha desaparecido del horizonte, y los objetos se van tiñendo de un solo color, y á lo largo de los montes que por la parte de poniente ciñen la llanura sólo se percibe una tenue faja